

Era aquello una calma profunda, la paz soberana del frío. Todo lo que había leído le daba vueltas en la cabeza, y se quitó la gorra para refrescarla, teniendo necesidad de no pensar en nada. La idea de aquella muchacha embarazada y de su hermana fatigábale también. Sus zapatones sonaban siempre. Destacóse del cielo una estrella errante, cruzándolo, silenciosa, con inflamado vuelo.

Allá abajo, la granja de la Borderie desaparecía, marcándose apenas como una mancha en aquella superficie blanca; y así que Juan entró en el atajo, se acordó del campo que había sembrado en aquel sitio algunos días antes: miró hacia la izquierda y lo reconoció bajo aquel sudario que lo cubría. La capa era delgada y de una suavidad y pureza de armiño, dibujando las aristas de los surcos y dejando adivinar los robustos miembros de la tierra. ¡Cómo dormirían las semillas! ¡Qué reposo en aquellos helados flancos hasta que la tibia mañana ó el sol primaveral los despertase á la vida!

---



---

## SEGUNDA PARTE.

---

### I.

Eran las cuatro, y comenzaba á clarear el día con esa luz rosada de las primeras mañanas de Mayo. Bajo el pálido cielo aun dormían las construcciones de la Borderie, medio envueltas en sombras, tres vastas construcciones en los tres lados del inmenso patio cuadrado, la lechería al fondo, las granjas á la derecha, la vaquería, la cuadra y la casa habitada, á la izquierda. Formando el cuarto lado estaba la puerta de los carros, cerrada y sujeta con una barra de hierro. Y sobre el horno un gran gallo cantaba con su chillona nota de clarín. Un segundo gallo contestaba, y luego un tercero. Repitióse el llamamiento, alzándose de granja en granja, de un extremo á otro de la Beauce.

Aquella noche, como casi todas, Hourdequin había venido á buscar á Santiaguilla á su cuarto, la pequeña habitación de criada que le había dejado

embellecer con papeles rameados, cortinas de percal y muebles de encina. A pesar de su poder creciente, se había estrellado contra violentas negativas siempre que había tratado de ocupar con él la alcoba de su difunta mujer, la alcoba conyugal, que defendía por un último respeto. Santiaguilla estaba muy herida, y comprendía que no sería la verdadera ama mientras que no durmiera en la vieja cama de encina, colgada de damasco rojo.

Al amanecer, Santiaguilla se despertó, y se quedó boca arriba con los ojos muy abiertos, mientras que á su lado su amo roncaba todavía. Sus ojos negros erraban soñadores en aquel excitante calor del lecho, y un tiritón hizo estremecer sus desnudeces. Vacilaba, sin embargo; decidióse al fin, echó las piernas por encima de su amo dulcemente, con la camisa remangada, tan ligera, que él no la sintió; y sin ruido, con las manos temblorosas por la fiebre de su brusco deseo, se puso un jubón. Pero como moviese una silla, él abrió á su vez los ojos.

— ¡Calla! ¡ya te vistes!..... ¿A dónde vas?

— Voy á ver cómo anda el pan.

Hourdequin volvió á dormirse, bostezando, asombrado del pretexto, sin acabar de comprender. ¡Vaya una idea! El pan no tenía necesidad de ella á aquella hora. Y se despertó sobresaltado por la aguda punzada de sus sospechas. No viéndola ya allí, aturdido, paseaba sus vagas miradas alrededor de aquel cuarto de criada, donde estaban sus pantuflas y su pipa. ¡Acaso un capricho de aquella perdida por un criado! Necesitó todavía dos minutos antes de serenarse, y vió toda su historia.

Su padre, Isidoro Hourdequin, era el descendiente de una antigua familia de campesinos de Cheyes, afinada y montada á la burguesa en el siglo diez y seis. Todos habían tenido empleos en el fisco: uno diezmero en Chartres; otro interventor en Chateaudun; é Isidoro, huérfano muy pronto, poseía unos sesenta mil francos cuando á los veintiseis años, privado de su plaza por la revolución, tuvo la idea de hacer su fortuna con los robos de aquellos bandidos de republicanos que vendían los bienes nacionales. Conocía admirablemente la comarca, y tanteó, calculó y pagó en fin treinta mil francos, apenas la quinta parte de su valor real, por las ciento cincuenta hectáreas de la Borderie, que era todo lo que quedaba del antiguo dominio de los Rognes-Bouqueral. Ni un campesino se había atrevido á arriesgar sus escudos; sólo los burgueses y los financieros sacaron provecho de la medida revolucionaria. Por lo demás, aquello era sencillamente una especulación, porque Isidoro no pensaba embarazarse con una granja, sino venderla en su precio cuando acabaran aquellos trastornos, quintuplicando así su dinero. Pero llegó el Directorio y la depreciación de la propiedad continuaba: no pudo vender con el beneficio soñado. Su tierra lo tenía cogido, convirtiéndolo en su prisionero, hasta el punto de que no queriendo perder nada de ella, tuvo la idea de cultivarla él mismo, esperando encontrar allí la fortuna. Por aquella época se casó con la hija de un labrador vecino que le aportó cincuenta hectáreas; reunió entonces doscientas, y así fué como aquel burgués salido hacía tres siglos de los campos, volvió á la labranza, pero á la labranza

za en grande, á la aristocracia del suelo que reemplazaba á la antigua omnipotencia feudal.

Alejandro Hourdequin, su hijo único, había nacido en 1804. Comenzó mal sus estudios en el colegio de Chateaudun. La tierra le apasionaba, y prefirió volver á ayudar á su padre, destruyendo un último sueño de éste, que, ante la lentitud de la fortuna, hubiera querido venderlo todo y lanzar á su hijo á cualquier profesión liberal. Tenía el joven veintisiete años cuando, muerto su padre, quedó dueño de la Borderie. Era partidario de los métodos nuevos; su primer cuidado, al casarse, fué buscar, no la felicidad, sino el dinero, porque según él, había necesidad de capital para que la granja prosperase; y encontró la dote deseada, una suma de cincuenta mil francos, que le trajo una hermana del notario Baillehache, una solterona, cinco años mayor que él, muy fea, pero dulce. Entonces comenzó entre él y sus doscientas hectáreas una larga lucha, prudente al principio, poco á poco acalorada por los descontentos; lucha de todas las estaciones, de todos los días, que sin enriquecerlo le permitió llevar una vida desahogada de hombre sanguíneo decidido á no contrariar jamás sus apetitos.

Durante algunos años todo fué muy bien. Su mujer le había dado dos hijos: un varón que por odio á la labranza había sentado plaza y había llegado á capitán en Solferino, y una hija delicada y encantadora, su niña mimada, la heredera de la Borderie, puesto que su ingrato hijo corría por esos mundos. Perdió á su mujer, y dos meses después moría su hija. Aquel fué un golpe terrible. El capitán no iba á la Borderie más que una vez

al año, y el padre se encontró de pronto solo, con el porvenir cerrado, sin valor para trabajar más para los suyos. Pero si la herida sangraba en el fondo, él permanecía erguido, violento y autoritario. Delante de los campesinos que se reían de sus máquinas y que deseaban la ruina de aquel burgnés bastante atrevido para emprender su oficio, él se obstinó. ¿Y qué hacer, por otra parte? Cada día que pasaba era más prisionero de su tierra: acumulado todo el trabajo y comprometido todo el capital, lo encerraban más cada día, sin dejarle otra salida que un desastre.

Hourdequin, ancho de hombros, con su rostro de un encarnado subido, no conservando de su afinamiento burgués más que sus manos pequeñas, había sido siempre un macho despótico para sus criadas. Antes, en tiempo de su mujer, caían todas, y esto naturalmente, como cosa debida. Si las hijas de los campesinos pobres que van á coser se salvan algunas veces, ninguna de las que sirven en las granjas evita al hombre, á los criados ó al amo.

Todavía vivía la señora Hourdequin cuando Santiaguilla entró en la Borderie por caridad: el tío Cognet, un viejo borracho, la mataba á golpes, y ella estaba tan seca, tan delgaducha, que se le veían los huesos á través de la piel; y parecía tan fea, que los pilluelos se burlaban de ella. No se la habría echado doce años, aunque tenía ya cerca de diez y ocho. Ayudaba á la criada, ocupábasela en bajas faenas, en fregar la vajilla, en los trabajos de corral, en la limpieza de los animales. Sin embargo, después de la muerte de su ama pareció ascarse algo. Todos los criados la

tumbaban en los montones de paja; no venía á la granja un hombre que no pasara por encima de su cuerpo; y un día que ella le acompañaba á la cueva, el amo, desdeñoso hasta entonces, quiso también gustar aquella porquería; pero ella se defendió furiosamente, y le arañó y le mordió tan bien, que se vió obligado á dejarla. Desde aquel momento estaba hecha su fortuna. Resistióse durante seis meses, y se fué entregando poco á poco. Del corral saltó á la cocina; luego trajo una chiqueta para que la ayudara; después, convertida en señora, tuvo una criada para servirse. Ahora, de la antigua muchacha sucia y fea, había salido una morena de aire fino y lucido, que tenía el pecho duro, los miembros elásticos y fuertes. Era de una coquetería despilfarradora, y se llenaba constantemente de perfumes. Las gentes de Rognes, los labradores de las cercanías estaban muy asombrados de aquella aventura: ¿era posible que un rico se hubiera encaprichado de aquella chiqueta ni bella ni gruesa, de la Cognette, en fin, de la hija de Cognet, aquella zarrapastrosa, á la que hacía veinte años se la veía arrastrarse por los caminos? Y los campesinos no comprendían que aquello era su venganza, la revancha de la aldea contra la granja, del miserable siervo de la gleba contra el burgués enriquecido, convertido en gran propietario.

Hourdequin, en la crisis de sus cincuenta y cinco años, se acoquinaba, dominado más por la carne, con la necesidad física de Santiaguilla, como se tiene necesidad del pan y del agua. Cuando quería ser amable, enlazábalo con una caricia de gato, con una desvergüenza sin escrúpulos, tal

como no tienen las mujeres públicas; y en aquellas horas él se humillaba y la suplicaba que se quedase, después de los disgustos, de las terribles violencias de la voluntad, durante las cuales la amenazaba con echarla á puntapiés.

Todavía la víspera había tenido que abofetearla, después de una escena que ella le hizo para acostarse en la cama en que había muerto su mujer; y toda la noche se le había negado ella, volviéndole la espalda siempre que él se le acercaba; porque si continuaba dándose el regalo de los mozos de la granja, lo ponía á ración á él y lo martirizaba con abstinencias, á fin de aumentar su poder. Así, aquella mañana, en aquella alcoba, en aquella cama deshecha donde todavía la respiraba, llenóse de cólera y de deseos. Hacía mucho tiempo que espiaba sus continuas traiciones. Levantóse de un salto, gritando:

—¡Ah, cochina, si te cojo!

Vistióse vivamente y bajó.

Santiaguilla atravesó la casa silenciosa, iluminada apenas por la primera luz del alba. Cuando atravesaba el corral, tuvo un movimiento de retroceso al ver al pastor, al viejo Soulas, que ya se había levantado. Pero sus deseos eran tan fuertes, que siguió adelante. ¡Tanto peor! Evitó la cuadra donde dormían cuatro carreteros de la granja, y fué hasta el fondo, donde dormía Juan: allí no había más que paja y una manta. Y abrazándolo sin despertarlo, le cerró la boca con un beso para ahogar su grito de sorpresa, temblorosa, sofocada, diciendo en voz muy baja:

—Soy yo, gran animal. No tengas miedo.....

¡Pronto, pronto, despachemos!

Pero él se asustó y no quiso nunca pasar adelante en aquel sitio, en su cama, temiendo que los sorprendieran. Allí cerca estaba la escalera del pajar, y subieron á él, dejando la trampa abierta, y se tumbaron sobre la paja.

—¡Oh, gran animal, gran animal!—repetía Santiaguilla, ansiosa, enronquecida.

Hacia cerca de dos años que Juan Macquart se encontraba en la granja. Al salir del servicio había ido á parar á Bazoches-le-Doyen con un camarada de su oficio, y había emprendido el trabajo en casa del padre de este último, pequeño contratista de aldea, que ocupaba dos ó tres obreros; pero no se sentía con ganas de trabajar, después de los siete años de servicio que lo habían convertido en otro hombre. Ya en otro tiempo, en Plasans, andaba por los bosques, sin facilidad para aprender, sabiendo apenas leer, escribir y contar, muy reflexivo sin embargo, muy laborioso, queriendo crearse una posición independiente fuera de su familia. El viejo Macquart lo tenía en una sujeción de muchacha; le pegaba delante de sus novias é iba todos los sábados á la puerta de su taller á cogerle el jornal. Así, cuando los golpes y las fatigas mataron á la madre, siguió el ejemplo de su hermana Gervasia, que se había escapado á París con un amante; se fugó para no mantener á su padre. Y ahora no se reconocía, no porque se hubiera hecho perezoso, sino porque el regimiento le había trastornado la cabeza: la política, por ejemplo, que le aburría antes, hoy le preocupaba, haciéndole razonar sobre la igualdad y la fraternidad. Luego, aquellas costumbres de paseos, las centinelas rudas y ociosas, la vida soñolienta de los

cuarteles, el salvajismo de la guerra.... Entonces las herramientas se le caían de las manos, pensaba en su campaña de Italia, y una gran necesidad de reposo le invadía, dándole ganas de pasar la vida tendido sobre la hierba.

Una mañana su maestro le envió á la Borderie para hacer unas reparaciones. Había allí un mes de trabajo, puertas, ventanas que componer por todas partes. Él, muy contento, alargó el trabajo á seis semanas. Entretanto murió su maestro, y el hijo, que se había casado, fué á establecerse al país de su mujer. Quedándose en la Borderie, donde todos los días se descubrían maderas que reemplazar, el carpintero hizo algunos trabajos por su cuenta; luego, como comenzaba la recolección, se quedó seis semanas más; de suerte que ante su buena voluntad, viéndole tan aficionado al cultivo, el dueño de la granja lo conservó consigo. En menos de un año el antiguo obrero hizo un buen mozo de labranza, labrando, sembrando, dichoso con aquella paz de la tierra, que parecía satisfacer al fin su deseo de calma. Ya se había concluido aquello de aserrar y cepillar, ¡interesábase en algo nuevo! Parecía nacido para los campos, con su calma, su amor al trabajo metódico, aquel temperamento de buey de labranza, heredado de su madre. Quedó encantado y disfrutó aquel campo que no ven jamás los campesinos, y lo disfrutó con restos de lecturas sentimentales, de ideas de sencillez, de virtud, de perfecta dicha, tales como se encuentran en los cuentos de hadas.

A decir verdad, otra causa le había retenido con gusto en la granja. En el tiempo en que componía las puertas, la Cognette había ve-

do á tumbarse entre sus virutas. Ella fué realmente quien lo sedujo, atraída por los miembros fuertes de aquel robusto muchacho, cuyo rostro regular anunciaba un macho sólido. Él cedió, y después volvió á comenzar, temiendo pasar por un imbécil, atormentado, por otra parte, por la necesidad de aquella viciosa que sabía cómo se excita á los hombres. En el fondo protestaba su honradez nativa. Estaba mal hecho aquello de andar liado con la amiga del señor Hourdequin, á quien estaba agradecido. Sin duda dábale razones: ella no era la mujer del amo, sólo su querida; y además, puesto que ella lo engañaba por todos los rincones, tanto valía disfrutar él mismo el placer como dejarlo á los otros. Pero estas excusas no impedían que aumentara su malestar á medida que veía al dueño de la granja más enamorado. Ciertamente aquello acabaría mal.

Juan y Santiaguilla abogaban su aliento entre la paja, cuando él oyó crujir la escalera. De un salto se puso en pie, y á riesgo de matarse se dejó caer por el agujero que servía para echar la paja. Precisamente en aquel momento aparecía la cabeza de Hourdequin, que vió con la misma mirada al hombre que huía y el vientre de la mujer, todavía jadeante y con las piernas al aire. Apoderóse de él tal cólera, que no se le ocurrió la idea de reconocer al galán, y de una bofetada tiró por tierra á Santiaguilla que ya se había puesto de rodillas.

—¡Ah, puta!

Ella se levantó y negó la evidencia con un grito salvaje.

Y él se empeñaba en destrozar á puntapiés

aquel vientre que había visto, aquella desnudez de bestia en celo.

—¡Yo lo he visto.....! Dí que es verdad, ó te mato.

—No, no, no es verdad.

Luego, cuando ya estuvo en pie, con las ropas algo en orden, púsose insolente, provocativa, decidida á jugarlo todo.

—Y por lo demás, ¿qué te importa? ¿Soy yo acaso tu mujer.....? Puesto que no quieres que duerma en tu cama, soy libre de ir á acostarme donde me dé la gana.

Hizo un arrullo de paloma, como una burla lasciva.

—Vamos, quitate de ahí que baje..... Me iré esta noche.

—En seguida.

—No, esta noche..... Hay que reflexionar.

Hourdequin quedó tembloroso, fuera de sí, no sabiendo sobre quién descargar su cólera. Si ya no tenía valor para echarla inmediatamente á la calle, ¿con que alegría habría pateado al galán! ¿Pero dónde encontrarle ahora? Había subido en derechura al pajar, guiado por las puertas abiertas, sin mirar las camas, y cuando bajó, los cuatro carreteros se vestían, así como Juan. ¿Cuál de los cinco? Acaso lo mismo uno que otro; acaso los cinco habrían desfilado uno detrás de otro. Esperaba, sin embargo, que se vendiera el que había sido: dió sus órdenes para la mañana; no envió á nadie á los campos y no salió él mismo, apretando los puños, volviéndose hacia la granja con miradas oblicuas y sintiendo el deseo de patear á alguno.

Después del desayuno de las siete, la revista

airada del amo hizo temblar la casa. En la Borderie había cinco carreteros para cinco carretas, tres mozos, dos vaqueros, un pastor y un porquero, en junto doce criados, sin contar la criada. En la cocina apostrofó á esta última porque no había colgado las palas del horno. Después dió vueltas por las dos granjas, buscando querella con los mozos, que, según decía, destrozaban la paja. De allí se fué á la vaquería, sintiendo encontrar las treinta vacas en buen estado y todo oreado. No sabía con qué pretexto caer sobre los vaqueros, cuando al echar una ojeada hacia afuera, á las cisternas, de las cuales también estaban encargados, advirtió que una de las cañerías estaba obstruída por un nido de gorriones. Como en todas las granjas de la Beauce, las aguas de lluvia de los tejados eran cuidadosamente recogidas y conducidas con ayuda de un complicado sistema de goteras. Preguntó brutalmente que cómo estaba aquello allí. Pero la tempestad estalló al fin sobre los carreteros. Aunque los quince caballos tuviesen buena cama, empezó á gritar que era una porquería abandonarlos en aquella podredumbre. Después, avergonzado de su injusticia, exasperado más cada vez, como visitase los sitios donde se encerraban las herramientas, quedó encantado al ver un arado que tenía rota la esteva. Entonces estalló. ¿Es que aquellos cinco holgazanes se divertían rompiéndole su material? Ya les ajustaría la cuenta á los cinco, sí, á los cinco, para que ninguno tuviera nada que envidiar á los otros. Mientras que los injuriaba, sus ojos inflamados espían una pérdida de color, un estremecimiento que denunciara al traidor. Ninguno se

movió, y tuvo que dejarlos con un gesto desolado.

Al terminar su inspección por la lechería, Hourdequin tuvo la idea de interrogar al pastor Soulas. Aquel viejo de sesenta y cinco años estaba en la granja hacía medio siglo y no había podido ahorrar nada, arruinado por su mujer, una borracha á la que acababa de tener la satisfacción de enterrar. Temblaba ante la idea de que su edad hiciese que lo despidieran, y se esforzaba por economizar algo para su vejez. Acaso le ayudaría el amo; pero ¿no podía morir antes el amo? ¿Acaso daban ellos algo para el tabaco y el trago? Por lo demás, se había creado una enemiga en Santiaguilla, á la que odiaba con un odio de antiguo servidor celoso, indignado por la rápida fortuna de una advenediza. Cuando ella le mandaba algo, la idea de que la había visto vestida de andrajos lo ponía fuera de sí. Ella le habría seguramente despedido, si hubiera creído que podía hacerlo; y esto le hacía prudente, queriendo conservar su plaza, y evitaba todo conflicto, por seguro que estuviera del apoyo del amo.

La lechería, en el fondo del corral, ocupaba una de las construcciones, una galería de ochenta metros, donde los ochocientos carneros de la granja no estaban separados más que por vallas; aquí las madres en diversos grupos; allá los machos; más lejos los corderillos. Á los dos meses se castraba á los machos y los vendían, mientras que conservaban á las hembras para renovar las madres, de las cuales vendíanse todos los años las más viejas; y los corderos cubrían á las más jóvenes, en épocas fijas, soberbios con su aire estúpido y dulce y su cabezota de hombre de pasio-

nes. Cuando se entraba en la lechería, un fuerte olor sofocaba, las exhalaciones amoniacaes del estercolero, de la paja vieja. Había allí, sin embargo, aire que penetraba por ambas ventanas, y el suelo del pajar que había encima estaba hecho de tablas movibles que se quitaban en parte á medida que disminuía la provisión de forrajes. Se decía que aquel calor vivo, aquella capa en fermentación, blanda y cálida era necesaria para los carneros.

Hourdequin, al empujar una de las puertas, apercibió á Santiaguilla que se escapaba por otra. También ella había pensado en Soulas, inquieta, segura de haber sido vista con Juan; pero el viejo había permanecido impassible, sin parecer comprender por qué ella se ponía tan amable, contra su costumbre. La vista de la joven saliendo de la lechería, adonde jamás iba, aumentó la incertidumbre del dueño de la granja.

—Y bien, tío Soulas—preguntó—¿hay algo de nuevo esta mañana?

El pastor, muy alto, muy delgado, con su largo rostro lleno de pliegues, respondió lentamente:

—No, señor Hourdequin, nada, sino que los esquiladores llegan y quieren ponerse en seguida á trabajar.

El amo habló un momento, para no aparecer que preguntaba. Los carneros alimentados allí desde las primeras heladas de Noviembre iban á salir bien pronto, hacia mediados de Mayo, cuando se les pudiera llevar á los prados. Las vacas no podían ser llevadas á pastar hasta después de la siega. Aquella Beauce tan seca, desprovista de hierbas naturales, daba buena carne, sin embargo;

y fuera rutina ó pereza, no se conocía allí la cría del buey. Cada granja no engordaba más que cinco ó seis cerdos para su consumo.

Con su mano abrasada Hourdequin acariciaba á algunos corderillos que habían acudido con la cabeza levantada enseñando sus ojos dulces, mientras que la masa de ellos se apretaba, balando, contra las vallas.

—¿De modo, tío Soulas, que no habéis visto nada esta mañana?—volvió á preguntar mirándole fijamente á los ojos.

El viejo había visto; pero ¿á qué hablar? Su difunta le había enseñado lo viciosas que eran las mujeres y lo tontos que eran los hombres. Acaso la Cognette, aun vencida, seguiría siendo la más fuerte y entonces sería él quien cayera, para desbarazarse de un testigo que estorbaba.

—Nada he visto, nada absolutamente—repitió.

Cuando Hourdequin volvió á atravesar el corral, notó que Santiaguilla se había quedado allí, nerviosa, escuchando, con el temor de lo que se pudiera decir en la lechería. Afectaba ocuparse de las aves, los seiscientos pollos, gansos y pichones que revoloteaban con un ruido infernal; y hasta para calmar sus nervios se entretenía en dar algunos manotones al pequeño porquero, que había vertido un cubo de agua que llevaba á los cerdos. Pero una ojeada que echó á su amo la tranquilizó: no sabía nada, el viejo no había hablado. Su insolencia creció.

Así, durante el almuerzo, mostróse de una alegría provocativa. Aun no habían comenzado los grandes trabajos, y todavía no hacía más que cuatro comidas, la sopa en leche de las siete, el asado



á medio día, el pan y queso á las cuatro y la sopa por la noche. Se comía en la cocina, una vasta pieza donde había una mesa muy larga, flanqueada con dos bancos. El progreso no estaba representado más que en una hornilla de hierro que ocupaba un lado. En el fondo abríase la boca negra del horno y lucían las cacerolas, y á lo largo de los muros ahumados alineábanse antiguos utensilios en buen orden. Como la criada, una fea muchachona, había cocido por la mañana, salía del horno un buen olor á pan caliente.

—¿Qué, tenéis malo el estómago?—preguntó atrevidamente Santiaguilla á Hourdequin, que entró el último.

Desde la muerte de su mujer y de su hija, para no comer solo, sentábase á la mesa con sus criados como en tiempos antiguos; poníase á un extremo, mientras que la criada-ama se ponía al otro. Reuníanse catorce y servía la criada.

Así que el amo se hubo sentado sin contestar, la Cognette habló de hacer el asado, que se componía de pedazos de pan tostado machacados en una sopera y rociados con vino azucarado con melaza. Pidió un cucharón y afectó querer divertir á los hombres diciendo bromas que les hacían soltar la carcajada. Cada una de sus frases tenía doble sentido, dejando entender que se iba por la noche. El pastor comía con su aire estúpido, mientras que el amo, impasible, parecía no comprender tampoco. Juan, para no venderse, se veía obligado á reír con los demás, á pesar de su disgusto, porque decididamente él no encontraba que su conducta fuese muy honrada.

Después del almuerzo Hourdequin dió sus ór-

denes para la tarde. Había que terminar fuera algunos trabajos insignificantes. Retuvo consigo dos hombres, Juan y otro, para que limpiaran el pajar. Y él mismo, muy decaído ahora, con las orejas encendidas por la reacción sanguínea, sintiéndose mal, se puso á dar vueltas sin saber con qué ocupación matar su pena. Los esquiladores se habían instalado en un ángulo del corral, y se puso delante de ellos á mirarlos.

Eran cinco mozos enflaquecidos y amarillentos, con sus grandes tijeras de luciente acero. El pastor les pasaba las ovejas, que colocaba en el suelo con las patas atadas y sin que pudieran hacer otro movimiento que levantar la cabeza balando. Y cuando uno de los esquiladores cogía una, ésta se callaba, se abandonaba y se encogía, entorpecida por su espesa zamarra, que el sudor y el polvo había convertido en una negra coraza. Luego, de entre las puntas de las tijeras, el animal salía como una mano desnuda de un guante obscuro, sourosada y fresca, en la dorada nieve de la lana interior. Oprimida entre las piernas de un esquilador, una madre, tendida patas arriba, con la cabeza levantada y derecha, mostraba su vientre que tenía la blancura oculta, la piel temblorosa de una persona que se desnuda. Los esquiladores ganaban tres sueldos por oveja, y uno que trabajara bien podía esquilarse veinte al día.

Hourdequin, absorto, pensaba en que la lana había bajado á ocho sueldos la libra, y había que apresurarse á venderla para que no se secase y pesase menos. El año anterior una enfermedad había diezariado los rebaños de la Beauce. Todo iba de mal en peor; aquello era la ruina, la quie-

bra de la tierra, desde que la baja de los granos se acentuaba de mes en mes. Y sumido en sus preocupaciones de agricultor, ahogándose en el corral, salió de la granja y fué á dar un vistazo á sus campos. Siempre acababan así sus disputas con la Coggette: después de haber jurado y apretado los puños, abandonaba la plaza, oprimido por un sufrimiento que sólo calmaba la vista de sus mieses desarrollando su verdura hasta el infinito.

¡Ah, aquella tierra, cómo había acabado por amarla! y con una pasión donde no entraba la áspera avaricia del campesino, con una pasión sentimental, casi intelectual, porque él la consideraba la madre común que le había dado su vida, su sustancia, y á la cual volvería. Al principio, en su juventud, criado en ella, su aborrecimiento al colegio, su deseo de quemar los libros y de permanecer en la granja, no procedían más que de sus costumbres de libertad, de las carreras á caballo á través de los campos. Más tarde, cuando heredó á su padre, amóla como enamorado, y su amor había madurado y como si la hubiera tomado en legítimo matrimonio para fecundarla. Y aquella ternura aumentaba á medida que él le daba su tiempo, su dinero, su vida entera, como á una mujer buena y fecunda, de la cual excusaba los caprichos y hasta las traiciones. Incomodábase algunas veces cuando ella se mostraba muy húmeda ó muy seca y se comía las semillas sin dar cosechas; después dudaba y llegaba hasta acusarse de macho impotente ó torpe; la falta debía ser suya si no sabía hacer un hijo. Desde aquella época le atraían los nuevos métodos, lanzándose á todas las innovaciones, con el sentimiento de ha-

ber perdido el tiempo en el colegio y de no haber estudiado en una de aquellas escuelas de agricultura de que él y su padre se burlaban. ¡Qué de tentativas inútiles, de experiencias incompletas, y cuántas máquinas destrozaban sus servidores! Había consumido en ello su fortuna; la Borderie le producía apenas el pan que comía, esperando que la crisis agrícola consumase la ruina. ¡No importa! Seguiría siendo el prisionero de su tierra, y en ella enterraría sus huesos, habiéndola conservado como mujer hasta el fin.

Aquel día, así que estuvo fuera, acordóse de su hijo el capitán. ¡Entre los dos habrían hecho tan buenos trabajos! Pero descartó el recuerdo de aquel imbécil que prefería arrastrar un sable. No tenía más hijos, y moriría solitario. Luego le acudió la idea de sus vecinos, los Coquart sobre todo, propietarios que cultivaban ellos mismos su granja de San Justo, el padre, la madre, tres hijos y dos hijas, y apenas si podían salir adelante. En la Chamade, el propietario á fin de cuentas salía lo mismo. Todo estaba muy malo, y había que trabajar y no quejarse. Poco á poco, por lo demás, fué penetrándole una dulzura que se desprendía de aquellos campos verdes que atravesaba. Las ligeras lluvias de Abril habían dado muy buen aspecto á los prados. Encantóle el encarnado trébol y olvidó lo demás. Ahora atajaba por los sembrados para echar una ojeada á sus trabajadores; la tierra se pegaba á sus pies, sentíala grasa, fértil, como si hubiera querido retenerle con un abrazo; y volvía á cogerlo por completo, y volvía á encontrar en sí la virilidad de los treinta años, la fuerza y la alegría. ¿Había otras mujeres que ella? ¿Po-

día comparársela cualquiera Cognette, plato donde todos comen y con la que hay que contentarse? Una excusa tan concluyente á su cobarde necesidad de aquella pérdida acabó de trastornarle. Anduvo durante tres horas, bromeó con una muchacha, precisamente la criada de los Coquart, que volvía de Cloyes en un borrico, enseñando sus piernas.

Cuando Hourdequin volvió á la Borderie, apercibió á Santiaguilla en el corral despidiéndose de los gatos de la granja. Había de ellos una banda, doce, quince, veinte, jamás se sabía cuántos; porque las gatas ocultábanse en agujeros de paja desconocidos y reaparecían con cinco ó seis pequeños. En seguida se aproximó á los cubiles del Emperador y de Matanza, los dos perros del pastor; pero le gruñeron porque la aborrecían.

La comida, á pesar de las despedidas á los animales, fué como todos los días. El amo comía, hablaba, con su aire acostumbrado. Concluyó el día, y nadie se marchó. Todos se fueron á dormir, y las sombras envolvieron á la silenciosa granja.

Y aquella misma noche Santiaguilla durmió en la alcoba de la difunta señora Hourdequin; aquella hermosa alcoba, con su gran cama y sus colgaduras de damasco rojo. Había allí también un armario, un velador y un gran sillón; y encima de una cómoda medallas obtenidas por el dueño de la granja en las exposiciones agrícolas lucían colocadas en marcos con cristales. Cuando la Cognette subió en camisa al lecho conyugal, tendióse en él y extendió los brazos y las piernas para cogerlo todo, riendo con su risa de tortolilla.

Juan, al día siguiente, como ella le saltase á

los hombros, la rechazó. Desde el momento en que aquello se ponía serio, él ya no quería mas

## II.

Algunos días después, una noche, Juan volvía á pie de Cloyes, cuando dos kilómetros antes de Rognes asombróle el aspecto de un carricoche de campesino que volvía delante de él. Parecía vacío, no había nadie en el pescante, y el caballo, abandonado, volvía á su cuadra muy despacio y como animal que conoce su camino. Así el joven lo cogió pronto. Lo detuvo y se alzó sobre las puntas de los pies para mirar dentro; en el fondo iba un viejo de sesenta años, pequeño y grueso; tendido de través y con el rostro tan rojo que parecía negro.

Fué tal su sorpresa, que Juan se puso á hablar alto.

—¡Eh, buen hombre!... ¿Es que duerme? ¿Va borracho?.... ¡Calle, es el viejo Mouche, el padre de las de allá abajo! Creo ¡por Dios! que está muerto. ¡ Buen negocio!

Pero aunque herido por una apoplejía, Mouche respiraba todavía con un ronquido penoso. Juan entonces, después de haberle levantado la cabeza, se sentó en el pescante y fustigó el caballo por miedo que el moribundo no se le quedase entre las manos.

Cuando desembocó en la plaza de la iglesia, apercibió justamente á Francisca de pie delante su puerta. La vista del joven en su carruaje guiando á Coco la dejó estupefacta.